

V

Sofía tenía una aya; era una señora inglesa, esposa y madre feliz en otro tiempo, y que había perdido todos los objetos de su cariño en la tierra. Misstris Rawlings era á la vez un ángel y una santa; la paciencia, la dulzura, la benevolencia eran en ella virtudes propias ó cualidades naturales; el más árduo sacrificio lo cumplía con la facilidad más grande; había en sus venas algunas gotas de la sangre de los antiguos mártires, y nada probaba mejor su admirable mansedumbre que la suave fortaleza que oponía á las persecuciones sordas y acres de Mlle. Restaud, que la detestaba como su antítesis.

No obstante, Misstris Rawlings era tan estimada de Mr. Restaud y tan amada de su esposa y de Sofía, que hallaba en aquel puro y tierno afecto la más dulce compensación.

Ella adoraba por su parte á su educanda; decía que Sofía reunía en sí misma todas las gracias de sus tres perdidas hijas; que era bonita como Miranda, dulce como Clarisa, poética como Rowena. Y en efecto, Sofía era el ideal de lo más bello que cabe en el humano entendimiento, no

tanto por sus gracias físicas, como por las de su ingenio y las de su carácter. Sofía era una niña encantadora, que tenía en el alma las melodías del ave y los perfumes de la flor.

En cuanto á las relaciones de Mme. Restaud con el aya, eran de tal clase, que se podían llamar muy bien una tierna amistad; ambas se entendían de la manera más completa y más admirable, y ambas amaban á Sofía con una ternura igual.

Misstris Rawlings comprendió muy pronto toda la ternura poética que encerraba el alma de Sofía, y lejos de ahogarla, se dedicó á su cultivo con un cuidado exquisito y una especie de tierno respeto: ella era la que le hacía aprender los versos de los mejores poetas franceses y la que se los hacía recitar para encantarse con las melodías de aquella voz argentina, y para hacerla comprender el sentido que el poeta había querido dar á su obra.

Sofía leía con igual perfección los poetas ingleses é italianos; pero Misstris Rawlings le hacía dar la preferencia á los franceses, por el hecho de ser el francés el idioma nativo de su educanda.

En la tarde en que Mr. Restaud, después de su penosa conferencia con el banquero, bajó al jardín en busca de Sofía, ésta se hallaba, en efecto, con su aya.

Sentada bajo la sombra que proyectaba un frondoso castaño de Indias, Misstris Rawlings se

ocupaba de una delicada obra de bordado: era una señora que ya llegaba á los sesenta años, y cuyos cabellos blancos salían en bellos y sedosos bucles de entre los encajes que guarnecían una cofia de rizada muselina; llevaba un traje de seda negro, que dibujaba á la perfección su talle un poco grueso; su rostro, blanco y dulcemente ovalado, estaba iluminado por dos grandes y bellos ojos de un color claro y sereno; respiraban todas sus facciones la melancolía, pero sin amargura y sin dureza. Cuando llegaron los dos hombres de negocios cerca del aya y de Sofía, la primera había dejado caer el bordado sobre sus rodillas y miraba á la segunda con una especie de enajenamiento.

Bien merecía Sofía la atención de que era objeto: una guirnalda de flores campestres ceñía su frente pura y daba á su fisonomía una expresión á la vez celeste é inspirada; recitaba los versos que le había ensayado su madre poco antes, y que eran los que el inmortal poeta ha puesto en boca de *Athalie* en el acto segundo de la tragedia de este nombre: una llama divina resplandecía en los ojos de Sofía; su pecho latía con ímpetu violento; un bello sonrosado teñía sus mejillas de nácar y su frente infantil.

—Quedémonos aquí, dijo Mr. Restaud; miradla ahora, y luego la hablaréis.

No era necesaria tal recomendación. Mr. Cottin no podía separar de la niña ni los ojos ni el

pensamiento; y á la verdad que no era extraño, pues Sofía era el bello ideal del arte unido á la inocencia, y del sentimiento que se ignora á si mismo.

Misstris Rawlings vió á Mr. Restaud, y á la persona que le acompañaba; pero á la señal que le hizo el primero recomendándole el silencio, contestó ella con otra de inteligencia; y Sofía, que no advirtió nada, siguió tranquilamente declamando.

Cuando terminó, se dejó caer sentada en la yerba al lado de su aya, fatigada y palpitante.

Aquélla sacó su pañuelo de batista y enjugó la frente de la niña con maternal solicitud, dejando después en ella un tierno beso.

—Basta, hija mía, le dijo; estas emociones os hacen daño: ahora, así que descanséis...

—Os recitaré mi lección de gramática y de historia, dijo Sofía.

—No; dejaremos para la noche los estudios serios, observó el aya, dirigiendo una mirada á Mr. Restaud; y ahora cantaréis, acompañádoos con el arpa, la balada escocesa que últimamente habéis aprendido.

—¡Cómo! exclamó Sofía sorprendida; ¿no queréis oír ahora mis lecciones, aya mía?

—No, mi querida niña; os halláis muy conmovida, y yo también... Descansad ahora con la música.

—¡Muy triste es esa balada! observó Sofía.

—No es muy alegre; mas si lo fuera, tampoco os agradaría.

Levantóse la señorita Restaud, y fué á descolgar su arpa, que se hallaba pendiente de las verdes ramas de un tilo, como las de los antiguos bardos de los árboles del bosque: al pasar, dijo al jardinero, que trabajaba á poca distancia:

—Pedro, decid que avisen á mi madre.

—¿Va á cantar la señorita? preguntó Pedro, que había oído algo de la conversación.

—Sí, Pedro.

—Pues vuelvo corriendo para oírla.

—¿Te gusta oírme cantar?

—¡Ya lo creo! ¡más que á los ruiseñores que anidan en esos árboles! ¡y no soy yo solo! á toda la gente de casa le sucede lo mismo. Juan golpeaba á su mujer, y desde un día que os oyó cantar, no ha vuelto á tocarla. Pascual se emborrachaba, y desde que os escuchó otra vez cantando en el coro de la iglesia, ha perdido tan feo vicio. En cuanto á mí, cuando tengo la dicha de oíros, me dan ganas de dos cosas.

—¿De qué, Pedro?

—De rezar y de llorar. Pero voy á avisar á la señora, para oíros cuanto antes.

Pedro se alejó.

Sofía se sentó y se puso á templar su arpa, que era de un tamaño proporcionado á su estatura.

Mme. Restaud no tardó en llegar: sus ojos, en-

carnados, decían las muchas lágrimas que había vertido; su hija, ocupada en templar su arpa, no reparó en ello; pero el aya, Mr. Restaud, y Mr. Cottin lo vieron perfectamente.

Cuando Sofía empezó á cantar, vió á su espalda á Pedro, á Juan y á Pascual, los dos últimos conducidos por el primero.

El canto que empezó era una melodía sencilla y dulce, que modulada por la argentina garganta de Sofía y expresada por su pura y melodiosa voz, tenía un encanto indecible; parecía que el alma se remontaba al cielo en las alas invisibles de aquellas armonías deliciosas, y que todas las sombrías realidades de la vida desaparecían como barridas por el aliento poderoso de la inspiración.

Cuando terminó Sofía, las caras de sus criados expresaban una especie de éxtasis; todos se hallaban mirándola, con las manos juntas; su madre dejaba correr por sus mejillas nuevas lágrimas.

En cuanto á Mr. Restaud, no fué dueño de contener el entusiasmo propio de su naturaleza de artista, y dejó oír estrepitosos y entusiastas aplausos.

Sofía se volvió cortada y sorprendida, y un vivo rubor coloreó su dulce é inocente rostro, donde aun radiaba la luz de la inspiración.

—¡Hija mía! dijo Mr. Restaud adelantándose dos pasos y llevando asido del brazo al banquero;

te presento á Mr. Cottin que deseaba conocerte.

Al oír este nombre, el aya hizo un movimiento de terror.

Sofía se inclinó graciosamente y dijo con su donaire infantil:

—Mil gracias, caballero, por ese deseo que tanto me honra.

—Permitidme, señorita, que os diga cuán ferviente admirador soy de vuestro talento, dijo Mr. Cottin, tomando y besando la pequeña mano de Sofía.

—Si alguno tengo, dijo ésta, lo debo á mi querida mamá y á mi buena aya.

—Sin embargo, el talento no se aprende, observó el banquero, y V., señorita, ha nacido muy pródigamente dotada por el cielo.

—Mi madre y mi aya me han educado, y ellas han desarrollado y elevado los dones que he debido al cielo: ¿de qué me serviría tener voz y oído, si no me hubieran enseñado la música? ¿de qué tener memoria, si no me hubieran enseñado á comprender y á decir los hermosos versos de Racine y Corneille?

—Tenéis razón, hija mía, dijo el aya; pero hay una cosa que no se enseña: el sentimiento: vos habéis heredado en vida de vuestra madre el organismo más artístico y más propio para admitir la cultura intelectual.

—Entonces, tampoco es mío el mérito, dijo Sofía, volviéndose para abrazar tiernamente á su madre.